

Italia debe reconocerse en gran parte deudora á los romanos Pontífices de su verdadera gloria y grandeza, de su elevacion sobre las demás naciones. Su autoridad y paternal benevolencia la han protegido varias veces contra los ataques de sus enemigos, y la han prestado la ayuda y socorro necesarios para que la fé católica fuese siempre conservada en toda su integridad en los corazones de los italianos.

»Apelamos especialmente, para no ocuparnos de otros, á los tiempos de San León el Magno, de Alejandro III, de Inocencio III, de San Pio V, de León X y de otros Pontífices, con cuyo auxilio y protección Italia se libró del horrible exterminio con que la amenazaban los bárbaros, sacó á salvo su antigua fe, y entre las tinieblas y miserias de un siglo menos culto, nutrió y conservó viva la luz de las ciencias y el esplendor de las artes. Apelamos á esta Nuestra dichosa ciudad, Sede del Pontificado, la cual debió á los Papas la singularísima ventaja de llegar á ser, no sólo inexpugnable alcázar de la fe, sino también asilo de las bellas artes, morada de la sabiduría, admiración y envidia del mundo. Por el esplendor de tales hechos, que la historia nos ha transmitido en imperecederos monumentos, fácil es reconocer que sólo por voluntad hostil y por indigna calumnia, á fin de engañar á las muchedumbres, se ha podido insinuar de viva voz y por escrito, que la Sede Apostólica sea obstáculo á la civilización de los pueblos y á la felicidad de Italia.

»Si las esperanzas, pues, de Italia y del mundo descansan todas en esa influencia tan saludable para el bien común de que goza la Autoridad de la Sede Apostólica, y en la unión íntima de todos los fieles al Romano Pontífice, razón hay para que nos ocupemos con el mas solícito cuidado en conservar incólume é intacta la dignidad de la Cátedra Romana, y en asegurar mas y mas la unión de los miembros con la Cabeza, de los hijos con el Padre.

»Por tanto, para amparar ante todo y del mejor modo que podemos los derechos y la libertad de esta Santa Sede, no dejaremos nunca de esforzarnos para que Nuestra autoridad sea respetada; para que Nuestro ministerio y Nuestra potestad se dejen plenamente libres é independientes, y para que se nos restituya á aquel estado de cosas, en que la Sabiduría divina, desde tiempos anti-

guos, había colocado á los Pontífices de Roma. No nos mueve á pedir este restablecimiento, Venerables Hermanos, un vano deseo de dominio y de ambición; sino que así lo exigen nuestros deberes y los solemnes juramentos que hemos prestado; y además, porque no solo es necesario este Principado para la tutela y conservación de la plena libertad del poder espiritual, sino también porque es evidente que, cuando se trata del Principado temporal de la Sede Apostólica, se trata á la vez de la causa del bien y de la salvación de la familia humana.

»De aquí que Nos, en cumplimiento de nuestro encargo, por el que venimos obligados á defender los derechos de la Iglesia, de ninguna manera podemos pasar en silencio las declaraciones y protestas que Nuestro Predecesor Pio IX, de santa memoria, hizo repetidamente, ya contra la ocupación del Principado civil, ya contra la violación de los derechos de la Iglesia Romana, las mismas que Nos por estas Nuestras letras completamente renovamos y confirmamos.

»Y al mismo tiempo dirigimos Nuestra voz á los Príncipes y supremos gobernantes de los pueblos, y otra vez les rogamos en el nombre augusto del Dios Altísimo que no renuncien al apoyo que en estos peligrosos tiempos les ofrece la Iglesia; que se agrupen concordes y amigablemente decididos en torno de esta fuente de autoridad y de salvacion; que estrechen cada vez mas con ella íntimas relaciones de respeto y amor. Haga Dios que ellos, convencidos de estas verdades, y reflexionando que la doctrina de Cristo, al decir de San Agustín, *magnam, si obtemperetur, salutem esse reipublicæ*, y que en la conservación y respeto de la Iglesia están basadas la salud y prosperidad públicas, dirijan todos sus cuidados y pensamientos á aliviar los males con que se ven afligidos la Iglesia y su Cabeza visible; y el resultado sea tal, que los pueblos que gobiernan, conducidos por el camino de la justicia y de la paz, vengan á disfrutar en adelante una nueva era de prosperidad y de gloria.

»Y á fin de que sea cada dia mas firme la unión de toda la grey católica con el Supremo Pastor, Nos dirigimos ahora á vosotros, con afecto muy especial, Venerables Hermanos, y encarecidamente os exhortamos, á que, con todo el fervor de vuestro celo

sacerdotal y pastoral solicitud, procuréis inflamar en los fieles que os están confiados el amor á la Religion, que les mueva á abrazar mas fuertemente á esta Cátedra de verdad y de justicia, á recibir de ella con sincera docilidad de inteligencia y de voluntad todas las doctrinas, y á rechazar en absoluto aquellas opiniones, por generalizadas que estén, que conozcan ser contrarias á las enseñanzas de la Iglesia.

»A este propósito los Romanos Pontífices, Nuestros Predecesores, y últimamente Pio IX, principalmente en el Concilio Ecuménico Vaticano, teniendo á la vista las palabras de San Pablo: *Videte ne quis vos decipiat per philosophiam et inanem fallaciam secundum traditionem hominum, secundum elementa mundi et non secundum Christum*, no omitieron el reprobar, cuando fué necesario, los errores corrientes, y señalarlos con la Apostólica censura. Y Nos, siguiendo las huellas de Nuestros Predecesores, desde esta Apostólica Cátedra de verdad, confirmamos y renovamos todas estas condenaciones, rogando con instancia al mismo tiempo al Padre de las luces que perfectamente conformes todos los fieles en un solo espíritu y en un mismo sentir, piensen y hablen como Nos. Es, empero, de vuestro encargo, Venerables Hermanos, emplearos con todas vuestras fuerzas en que la semilla de las celestes doctrinas sea esparcida con mano pródiga en el campo del Señor, y en que, desde muy temprano, se infundan en el alma de los fieles las enseñanzas de la fé católica, echen en ella profundas raíces, y sean preservadas del contagio del error. Cuanto mas se afanan los enemigos de la Religión por enseñar á los ignorantes, y especialmente á la juventud, doctrinas que ofuscan la inteligencia y corrompen las costumbres, tanto mayor debe ser el empeño para que no solo el método de la enseñanza sea adaptado y sólido, sino principalmente para que la misma enseñanza sea completamente conforme á la fé católica, tanto en las letras como en las ciencias, muy principalmente en la filosofía, de la cual depende en gran parte la buena dirección de las demás ciencias, y que no tiende á destruir la revelacion divina, sino que se complace en allanarla el camino y defenderla de los que la impugnan, como nos han enseñado con su ejemplo y con sus escritos el gran Agustín, el Angélico Doctor y los demás maestros de la sabiduria cristiana.

»Pero la buena educación de la juventud, para que sirva de amparo á la fé y á la Religion, y á la integridad de las costumbres, debe empezar desde los mas tiernos años en el seno de la familia, la cual miserablemente trastornada en nuestros dias, no puede volver á su dignidad perdida, sino sometiéndose á las leyes con que fué instituida en la Iglesia por su divino Autor. El cual, habiendo elevado á la dignidad de Sacramento el matrimonio, simbolo de su unión con la Iglesia, no solo santificó el contrato nupcial, sino que proporcionó tambien eficacísimos auxilios á los padres y á los hijos para conseguir facilmente, con el cumplimiento de sus mutuos deberes, la felicidad temporal y eterna. Mas despues que leyes impías, desconociendo el carácter sagrado del matrimonio, le han reducido á la condición de un contrato meramente civil, siguióse degradingamente por consecuencia que, profanada la dignidad del matrimonio cristiano, los ciudadanos vivan en concubinato legal, como si fuera en matrimonio; que desprecien los cónyuges las obligaciones de la fidelidad á que mutuamente se obligaron; que los hijos nieguen á los padres la obediencia y el respeto; que se debiliten los vínculos de los afectos domésticos, y lo que es de pésimo ejemplo y muy dañoso á la honestidad de las públicas costumbres, que frecuentemente un amor inconsiderado tenga reato de lamentables y funestas separaciones.

»Tan deplorables y graves desórdenes, Venerables Hermanos, no pueden menos de excitar y mover vuestro celo á amonestar con perseverante insistencia á los fieles confiados á vuestro cuidado, á que presten dócil oido á las enseñanzas que se refieren á la santidad del matrimonio cristiano y obedezcan las leyes con que la Iglesia regula los deberes de los cónyuges y de su prole.

»Conseguiríase tambien con esto otro de los mas excelentes resultados, la reforma de cada uno de los hombres; porque, así como de un tronco corrompido brotan ramas viciadas y frutos miserables, así la corrupcion que contamina á las familias viene á contagiar y á viciar desgraciadamente á cada uno de los ciudadanos. Por el contrario, ordenada la familia en vida cristiana, poco á poco se irá acostumbrando cada uno de sus miembros á amar la Religion y la piedad, á aborrecer las doctrinas falsas y perniciosas, á ser virtuosos, á respetar á los mayores y á refrenar

ese estéril sentimiento de egoísmo, que tanto enerva y degrada la humana naturaleza. A este propósito convendrá mucho regular y fomentar las asociaciones piadosas, que, con grandísima ventaja de los intereses católicos, han sido fundadas, en nuestros días sobre todo.

»Grandes son ciertamente y superiores á las fuerzas del hombre. Venerables Hermanos, todas estas cosas objeto de nuestra esperanza y de nuestros votos; empero, habiendo hecho Dios capaces de mejoramiento á las naciones de la tierra, habiendo instituido la Iglesia para la salvacion de las gentes, y prometido la su benéfica asistencia hasta la consumacion de los siglos, Nos abrigamos gran confianza de que, merced á los trabajos de vuestro celo, los hombres amaestrados por tantos males y desventuras, han de venir finalmente á buscar la salud y la felicidad en la sumision á la Iglesia y al infalible magisterio de la Cátedra Apostólica.

»Entretanto, Venerables Hermanos, antes de poner fin á estas Nuestras letras, no podemos menos de manifestaros el júbilo que experimentamos por la admirable unión y concordia en que vivís unos con otros, y todos con esta Sede Apostólica. Nos estimamos que esta perfecta unión no solo es el baluarte mas fuerte contra los asaltos del enemigo, sino un fausto y gratisimo augurio de mejores tiempos para la Iglesia; y así como Nos consuela en gran manera esta risueña esperanza, á su vez convenientemente Nos reanima para sostener alegre y varonilmente en el arduo cargo que hemos resumido, cuantos trabajos y combates sean necesarios en defensa de la Iglesia.

»Tampoco Nos podemos separar de los motivos de júbilo y esperanzas que hemos expuesto, las demostraciones de amor y reverencia, que en estos primeros días de nuestro Pontificado, vosotros, Venerables Hermanos, y juntamente con vosotros han dedicado á Nuestra humilde persona, innumerables sacerdotes y seglares, los cuales, por medio de reverentes escritos, santas ofrendas, peregrinaciones y otros piadosos testimonios, Nos han hecho saber, que la adhesion y afecto que tuvieron hacia nuestro dignísimo Predecesor, se mantiene en sus corazones firme, íntegra y estable, que nada pierde de su ardiente fuego en la persona de su sucesor, tan inferior en merecimientos para sucederle en la herencia. Por

estos brillantísimos testimonios de la piedad católica, humildemente alabamos la benigna clemencia del Señor, y á vosotros, Venerables Hermanos, y á todos aquellos amados Hijos de quienes los hemos recibido, damos fé públicamente y de lo interior del corazón, de Nuestra inmensa gratitud, plenamente confiados en que, en estas circunstancias críticas y en estos tiempos difíciles, jamás ha de faltarnos vuestra adhesion y el afecto de todos los fieles. Nos no dudamos que tan excelentes ejemplos de piedad filial y de virtud cristiana, tendrán gran valor para mover el corazón de Dios clementísimo á que mire propicio á su grey, y á que dé á la Iglesia la paz y la victoria. Y porque Nos esperamos que mas pronto y fácilmente serán concedidas esa paz y esa victoria, si los fieles dirigen constantemente sus votos y plegarias para obtenerla, Nos profundamente os exhortamos, Venerables Hermanos, á que excitéis con este objeto los fervientes deseos de los fieles, poniendo como mediadora para con Dios á la Inmaculada Reina de los cielos, y por intercesores á San José, patrono celestial de la Iglesia, á los Santos Príncipes de los Apóstoles Pedro y Pablo, á cuyo poderoso patrocinio Nos encomendamos suplicante Nuestra humilde persona, los órdenes todos de la jerarquía de la Iglesia y toda la grey del Señor.

»Aparte de esto, Nos vivamente deseamos que este día, en el cual se recuerda solemnemente la Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, sea para vosotros, Venerables Hermanos, y para toda la familia católica, feliz, saludable y lleno de santo júbilo, y pedimos á Dios benignísimo, que con la Sangre del Cordero Inmaculado, con la que fué cancelada la escritura de nuestra condenacion, sean lavadas las culpas contraídas, y con clemencia mitigado el juicio que á ellas nos sujeta.

»La gracia de Nuestro Señor Jesucristo, la caridad de Dios y la comunicacion del Espíritu Santo sea con todos vosotros, Venerables Hermanos, á quienes á todos y á cada uno, así como á los queridos hijos el Clero y pueblo de vuestras Iglesias, en prenda especial de benevolencia y como presagio de la proteccion celeste, Nos concedemos con el amor mas grande Apostólica bendicion.

»Dada en Roma, cerca de San Pedro, en el solemne día de Pascua, 21 de Abril del año 1878, primero de nuestro Pontificado.—LEON PAPA XIII.»

La encíclica que se acaba de copiar así como otros muchos hechos demuestran de un modo evidente que Leon XIII digno sucesor de Pio IX, sabe unir la justicia á la clemencia, la firmeza á la benignidad y comprende y desempeña de un modo maravilloso los múltiples deberes que en estos difíciles tiempos lleva consigo el cargo de sucesor de San Pedro. Algunos dias despues de la publicacion de tan importante documento, el 15 de Mayo, nombró el pontífice una comision de cinco cardenales para clasificar y atender á los eclesiásticos mas dignos de ser elevados á la dignidad episcopal y recibió en audiencia al enviado del sultan de Turquía, encargado por su soberano de prestarle homenaje. El 21 de Junio instituyó el nuevo vicariato apostólico de Kan-Sou, en la China, y el 26 dirigió una notable carta al cardenal vicario, en alabanza del catecismo católico, proscrito de las escuelas por obra de la impía secta revolucionaria. Empezó despues y aun sigue con maravillosa sabiduria, negociaciones con el imperio alemán, en bien de la Iglesia, habiendo logrado ya, entre otros triunfos notables la derogacion de las principales leyes dictadas en daño de esta, y por su iniciativa, en 23 de Julio, el cardenal Franchi, secretario de Estado, mandó una nota al gobierno francés dándole las gracias de la defensa hecha por su representante respecto á los católicos, en el congreso de Berlin. El 28 de Diciembre del mismo año publicó otra notable Encíclica, combatiendo uno de los errores mas graves y perniciosos de nuestra época, el socialismo, y en 15 de Febrero de 1879 publicó para los tres meses siguientes, el jubileo que suelen conceder los papas con ocasion de su elevacion á la cátedra apostólica.

Siempre atento al bien de la Iglesia, Leon XIII ha recibido numerosas peregrinaciones y, aun prescindiendo de las últimas de que se hablará mas por extenso luego, merece particular mencion la de 22 de Febrero del citado año, á la que asistieron mas de mil trescientos representantes de unos dos mil setecientos periódicos, en los que colaboran próximamente veintidos mil personas: hecho lleno de elocuencia, que desmiente de un modo palmario la burda especie de que la Iglesia es enemiga de la civilizacion, de la ilustracion y del progreso verdaderos. Las tentativas de regicidio verificadas por entonces merecieron la mas absoluta y justa condena-

cion, de Leon XIII quien, en Abril del mismo año, puso fin al cisma armenio, eligió para cardenales á varios eclesiásticos notables y glorificó á San Joaquin y Santa Ana, á San Alfonso y la Inmaculada Concepcion.

Siempre amante de la ciencia cristiana, que es la única verdadera, no contento con la proteccion prestada desde un principio á los estudios, á los museos y á las bibliotecas, publicó en 4 de Agosto del citado año 1879, la Encíclica *Aeterni Patris*, restaurando la filosofia de Santo Tomás y, por medio de su carta del 15 de Octubre, al cardenal De Luca, instituyó y promovió Academias Tomísticas y una nueva edicion de las obras del doctor angélico, para cuyo pago destinó en Enero siguiente trescientas mil pesetas. En 10 de Febrero de 1880 y en vista del cariz que tomaban los asuntos en la vecina república francesa, publicó el infatigable pontífice una Encíclica mas, destinada á combatir el divorcio absoluto que destruye la indisolubilidad del matrimonio, con mengua y escarnio del carácter de sacramento que este tiene; mas ni la solícita atencion que prestaba y presta á los católicos de Francia, de Alemania, de Inglaterra, del mundo entero han podido nunca hacerle olvidar de los italianos, y buena prueba es de ello la siguiente Encíclica, fechada en 15 de Febrero de 1882, que es oportuno copiar íntegra, porque cuanto mas grande se revele la solícitud del padre mayor resultará la ingratitud de los hijos: es la siguiente.

«A LOS VENERABLES ARZOBISPOS Y OBISPOS DE LA REGION ITÁLICA

LEON PAPA XIII

*Venerables Hermanos, salud y apostólica bendicion.*

• Aunque Nos, por la autoridad y grandeza del apostólico Ministerio, extendemos cuanto es posible la vigilancia y caridad nuestra á toda la Iglesia y cada una de sus partes, actualmente, de especial manera, nuestros cuidados y pensamientos se vuelven á Italia.

• Nuestros pensamientos y desvelos se dirigen á cosas mas altas

que las humanas, puesto que nos preocupa y produce gran cuidado la salvacion eterna de las almas, en la cual es tanto mas necesario que continuamente se emplee todo nuestro celo, cuanto mayores son los peligros á que la vemos expuesta.

»Si en todos tiempos fueron graves en Italia peligros semejantes, no es dudoso que en el dia de hoy son gravísimos, puesto que el estado mismo de la cosa pública es grandemente funesto para el bienestar de la Religion.

»Lo cual profundamente conturba nuestro ánimo, puesto que Nos unen vínculos de especial relacion con esta Italia, en que Dios colocó la Sede de su Vicario, la Cátedra de la verdad y el centro de la Unidad católica. Ya otras veces hemos amonestado al pueblo italiano á que estuviese en guardia, y todos comprendiesen cuales son los propios deberes en tanto riesgo.

»Creciendo diariamente el mal, queremos Venerables Hermanos, que dirijáis á ello mas atentamente vuestra reposada atencion; y viendo que continuamente empeoran las cosas públicas, trateis de resguardar con mas diligencia los ánimos de la multitud, armándolos con todos los medios de defensa para que no se les arrebatase el mas precioso de los tesoros, la fé católica.

»Una perniciosísima secta, cuyos autores y corifeos no ocultan ni disimulan nada sus miras, hace ya tiempo que ha establecido sus reales en Italia, y declarando guerra á Jesucristo, trabaja por despojar completamente al pueblo de toda institucion cristiana. Hasta dónde ha llegado en sus atentados, no es necesario recordarlo aquí, tanto mas cuanto que delante de los ojos teneis, Venerables Hermanos, el daño y los estragos causados ya á la Religion y á las costumbres. En el pueblo italiano que en todo tiempo se ha mantenido fiel y constante en la Religion heredada de sus mayores, comprimida hoy en todas partes la libertad de la Iglesia, se procura cada dia mas borrar de todas las instituciones públicas aquel sello y aquel caracter cristiano que, con razon, le hizo siempre grande y respetado.

»Suprimidas las Ordenes religiosas, confiscados los bienes de la Iglesia, tenidos por matrimonios válidos las uniones contraidas fuera del rito católico, excluida la autoridad eclesiástica de la enseñanza de la juventud, no tiene fin ni tregua la cruel y luctuosa

guerra movida contra la Sede Apostólica. Se encuentra, sobre toda ponderacion, oprimida la Iglesia y rodeado de gravísimas dificultades el Romano Pontífice, puesto que, despojado de la soberanía temporal, fué forzoso que cayese en ajeno poder. Y Roma, la mas augusta ciudad del orbe católico, se ha convertido en campo abierto para todos los enemigos de la Iglesia, y se ve profanada por reprobadas novedades con escuelas y templos al servicio de la herejía.

»Parece hasta destinada en este año mismo á acoger á los representantes y cabezas de la secta mas hostil á la Religion católica que proyectan reunirse aquí mismo en Congreso. Es bastante perceptible la razón que les ha movido á darse aquí cita: quieren con una injuria procaz desahogar el odio que abrigan hacia la Iglesia, y lanzar desde cerca funestas antorchas de guerra al Papado desafiándole en su misma Sede. No es ciertamente dudoso que la Iglesia ha de salir victoriosa al fin de los impíos ataques de los hombres, y sin embargo, es cierto y manifiesto que con tales actos aspiran á herir juntamente la cabeza y el cuerpo entero de la Iglesia, y á destruir la Religion, si posible fuese.

»Verdaderamente que tales sean los propósitos de aquellos que se dicen hijos tiernísimos de la familia italiana, parece cosa increíble, puesto que la familia italiana, apagándose la fe católica, se veria necesariamente privada de un manantial de supremas ventajas, toda vez que si la religion cristiana dió á todas las naciones grandes medios de salvacion, la santidad de los derechos y la garantía de la justicia; si por todas partes con su virtud domó las ciegas y locas pasiones de los hombres, siendo guia y compañera de todo lo que es honrado, laudable y grande; si en todos los paises redujo á perfecta y estable concordia las varias clases de los ciudadanos y los diversos miembros del Estado, seguramente que tal abundancia de beneficios, mas largamente difundió sobre la nacion italiana que sobre las demás.

»Muchos, con deshonor é infamia propios, van propalando que la Iglesia es opuesta y causa perjuicio á la prosperidad y progreso del Estado, y tienen al Romano Pontífice como contrario á la felicidad y grandeza del nombre italiano. Pero tales acusaciones y absurdas calumnias se desmienten solemnemente con el recuerdo de los tiempos pasados.